

valiosa con la incorporación de notas a pie de página que explicaran y contextualizaran la terminología específica mencionada en el libro y que facilitaran la buena comprensión del mismo, ya sean términos propios de la legislación medieval hispana, como “adelantado” o “pesquisa”, o términos hebreos, como *terefab*, *gemara* o *berurim*, que requieren sin duda una explicación contextualizada de su significado. Lo mismo ocurre con las personalidades y las obras mencionadas, de las que, en general, se aporta escasa información.

Desde el punto de vista metodológico, se echa en falta un breve capítulo sobre la organización de la administración de justicia en las comunidades de referencia, lo que habría ayudado mucho a situar los casos de los *Responsa* en su contexto, así como un Apéndice que incluyera los textos talmúdicos que contienen la legislación que sirve de base para el comentario. Su carencia hace que la lectura del libro resulte de especial dificultad para quien no esté introducido en la legislación rabínica y en la historia de las comunidades judías medievales. En cualquier caso, el público conocedor de la materia puede apreciar el valor de la información que contiene la obra, gracias, como he dicho, al concienzudo análisis de las fuentes medievales seleccionadas.

Amparo Alba Cecilia. Departamento de Estudios Hebreos y Arameos. Facultad de Filología. Universidad Complutense de Madrid. E-28040 Madrid

RAFAEL AGUIRRE – CARMEN BERNABÉ – CARLOS GIL, *Qué se sabe de... Jesús de Nazaret* (Qué se sabe de... 1; Verbo Divino; Estella [Navarra] 2009) 271 pp. ISBN: 978-84-8169-922-7. € 15,00

Este volumen de formato practicable y presentación actual y atractiva, inicia una colección de tema bíblico promovida por Editorial Verbo Divino. Dirigida por Carlos J. Gil Albiol, profesor de Nuevo Testamento en la Universidad de Deusto, la colección “Qué se sabe de...” pretende ser, en palabras de su director, “un conjunto de libros sobre temática bíblica que abordan con rigor y seriedad, pero con brevedad, algunos de los temas más importantes que se han planteado en la historia de Occidente al leer los libros bíblicos” (p. 7). Los lectores potenciales de la colección se sitúan en la franja de personas que no posean conocimientos previos del tema y que no queden determinados por su adscripción “creyente o no creyente” (p. 8). Nos encontramos pues ante un proyecto que pertenece a la categoría de la “haute divulgation” (próximo al estilo y a la denominación del “Que sais-je?” francés) y que va a incluir temas tan interesantes como la espiritualidad bíblica, arqueología y Biblia o la dimensión social de los primeros cristianos. Mi felicitación más cordial.

El esquema genérico de cada volumen será parecido. En el libro que nos ocupa, este esquema se traduce en el índice siguiente: a) Introducción o historia de

la investigación del Jesús histórico; b) Aspectos centrales de la vida de Jesús: contexto socio-cultural, orígenes (familia, educación, profesión, Juan Bautista, el bautismo de Jesús como vocación), enseñanza (el Reino de Dios, la Ley), hechos (sanaciones, exorcismos, comidas, “autoestigmatización”), relaciones humanas y sociales, experiencia religiosa (el Padre), el conflicto final (el templo, pasión, muerte y sepultura), la pregunta por la identidad de Jesús (maestro, carismático, profeta, Mesías, Hijo del hombre); c) Cuestiones abiertas o origen de la fe pascual; d) Para profundizar o temas diversos con relevancia actual, social y eclesial, de la historia de Jesús como telón de fondo; e) Bibliografía comentada.

La obra recensionada está escrita de forma agradable y fluida, y no entra en tecnicismos estériles. La exposición de los diversos temas avanza con concisión, aunque esto vaya a veces en menoscabo de un tratamiento más completo, dada la complejidad de las cuestiones tratadas. El libro conjuga los intereses históricos y teológicos concernientes a la vida de Jesús, tal como los comprende la fe de la Iglesia: “la fe cristiana pretende captar lo más real de Jesús y, en su obra y vida histórica, descubre su realidad divina...” (p. 248). Esta formulación evoca la Introducción a la obra del Papa Benedicto XVI sobre Jesús y se aleja de la distinción de J. P. Meier (mencionada en las pp. 20-22). Es interesante y oportuna a este propósito la opción de dedicar un capítulo entero a los orígenes de la cristología y a la fe pascual.

G. Segalla afirmó en un Simposio sobre el Jesús histórico celebrado recientemente en Barcelona (mayo 2008) que cada día aparecían cuatro nuevos libros sobre Jesús. Por lo tanto, atreverse a explicar esta ingente cantidad de materiales sin utilizar un sistema generoso de notas, resulta francamente difícil y digno del mayor encomio. Sin embargo, esta opción no es insólita. Existe un libro reciente de características parecidas, escrito por un especialista protestante de reconocida solvencia: James H. Charlesworth (*The Historical Jesus. An Essential Guide* [Abingdon Press 2008]). La comparación entre ambas obras resulta interesante. Charlesworth, un exégeta que se considera miembro de la “Tercera búsqueda” (*Third Quest*), introduce un amplio capítulo sobre el carácter judío de Jesús (tema que queda más diluido en el libro que recensionamos), otro capítulo sobre las fuentes del Jesús histórico, especialmente Flavio Josefo (no tratado directamente en el libro de Aguirre-Bernabé-Gil), y otro capítulo sobre Jesús y la arqueología (la auténtica especialidad de Charlesworth).

Desde el punto de vista metodológico, Aguirre-Bernabé-Gil utilizan con conocimiento de causa el método histórico-crítico aplicado a la llamada “Búsqueda del Jesús histórico” (sobre todo, en línea con Meier y Theissen), introduciendo en su estudio los postulados y los resultados provenientes de la antropología cultural (sobre todo, de Bruce Malina) y con ciertos “toques” de la teoría de Horsley sobre el rechazo activo de Jesús a la ideología imperial romana – teoría muy en voga hoy en día en los EE.UU., aunque francamente cuestionable. De hecho, en bastantes ocasiones una presentación de los textos evangélicos como tales hubiera evitado algunos apriorismos. Por ejemplo, cuando se unifica la llamada “cultura mediterránea oriental” y sus “valores” (“honor” y “vergüenza” serían los principales) sin tener en cuenta las evidentes diferencias entre el mundo urbano romano-helenístico y el mundo rural gali-

leo – el mundo de Jesús. Incluso se afirma (p. 147), aunque luego se desmiente (p. 148), que los rasgos que caracterizan la relación de Jesús con Dios son los propios de la “cultura mediterránea antigua”, “profundamente patriarcal”.

Otro ejemplo, lo constituye el tratamiento que se hace de los exorcismos, interpretados socio-antropológicamente como liberaciones de “parte de la tensión generada por el sistema sociorreligioso” (p. 114) y como “signos del Reino de Dios” (p. 115). Me pregunto si se trata del sistema sociorreligioso judío o del romano. Evidentemente, no son la misma cosa, aunque se tienda a unificarlos bajo categorías socio-históricas similares: “manipulaciones del poder... mecanismos injustos” (pp. 252-253). La única referencia a Roma –al ejército romano– en un exorcismo de Jesús es Mc 5,9 (“me llamo ‘Legión’, porque somos muchos”). Esta respuesta, puesta en boca del demonio/demonios que posee/poseen al hombre de la Decápolis, ¿es un ataque frontal al “sistema romano” o una ironía del relato de Marcos sobre el ejército que ocupa el país? Por otra parte, notemos que son los mismos demonios –no Jesús– quienes se comparan al ejército romano. Jesús devuelve al hombre poseído (probablemente, un no judío) su humanidad plena, su sociabilidad familiar y de grupo y, por encima de todo, la palabra (Mc 5,19). No hay referencias exclusivas al sistema: es el Mal, en mayúscula, el que oprime la persona, quien ha sido vencido. Así pues, ¿qué lectura es más conveniente: la política o la cósmico-escatológica?

Es evidente que en una obra de síntesis que presupone la lectura previa de gran cantidad de títulos, se tiende necesariamente a la simplificación. A menudo, los resultados son excelentes (por ejemplo, apartados 8.5 [“La sepultura de Jesús”]; 9.6 [“Hijo del hombre”]), donde el trabajo sobre los textos es mayor, aunque haría falta explicar, por lo que respecta al Hijo del hombre, qué significan las palabras de Jesús transmitidas en Lc 12,8-9 sobre la relación estrecha entre este y aquel).

Sin embargo, en algunos casos se hubiera precisado más matiz. Por ejemplo, en 6.4 (“Los adversarios”) (pp. 138-142), los textos citados son demasiado escasos y abundan las afirmaciones genéricas. Así la afirmación sobre Juan Bautista como alguien que se mostraría crítico con el templo de Jerusalén, se justifica con una generalidad: su bautismo era “para el perdón de los pecados”, algo que, según los autores, estaba reservado al templo. De hecho, en Mc 2,1-12 cuando Jesús afirma que los pecados del paralítico quedan perdonados, los escribas presentes no hacen la menor referencia al templo sino a la pretensión de Jesús de atribuirse algo reservado a Dios (declarar que alguien ha recibido el perdón de sus pecados; cf. Lc 7,47). Notemos, además, que la palabra “templo” está ausente de Mt 3,1-12 par. Lc 3,1-17. Por lo que respecta a los fariseos, habría que explicar cómo casan, por ejemplo, Mc 3,6 par. Mt 12,14 (voluntad farisea de eliminar a Jesús) con Lc 13,31 (voluntad farisea de evitar su muerte a manos de Antipas).

La falta de matiz se advierte particularmente en 3.1 (“la familia de Jesús”), unas páginas (53-56) que resultan a todas luces insuficientes. Por ejemplo, es obvio que la afirmación de la concepción virginal de María ya está explícitamente ínsita en los dos relatos de anuncio del nacimiento de Jesús: el de José (Mt 1,18-25) y el de la propia María (Lc 1,26-38) –textos no citados (!) en este apartado. Por otra parte, que Jesús

tuviera hermanos carnales, no se deduce necesariamente de Mc 6,1-6 par. Mt 13,53-58, ni de Mt 1,25. Hegesipo no puede interpretarse en este sentido, y el testimonio de Tertuliano está aislado. Además –si se tiene en cuenta la *Wirkungsgeschichte* (cf. p. 253)– tanto la interpretación tradicional de Oriente (los hermanos como “hermanos legales” o “hermanastros”) como la interpretación tradicional de Occidente (los hermanos como “primos hermanos”) excluyen la consideración de los “hermanos” de Jesús como “hermanos carnales”. En consecuencia, a pesar de lo que diga J. P. Meier, nada constriñe a hacer de María la madre carnal y biológica de los hermanos y hermanas de Jesús. Me remito a mi artículo “La familia de Jesús segons la carn” (*Revista Catalana de Teologia* 31 [2005] 297-335). Finalmente, en cuanto al celibato de Jesús, no se trata, a mi entender, de “una cuestión abierta” (p. 56). No hay argumento *e silentio*, como pretende W. Phipps, sino una afirmación de tono autobiográfico (Mt 19,12), la cual, en boca de los mismos autores del libro, es un “dicho de Jesús” (p. 55).

En resumen, el libro de Aguirre-Bernabé-Gil es fruto de un esfuerzo más que considerable para situar al lector en la complejísima red de interpretaciones actuales sobre el Jesús histórico. Hay que valorar la aportación realizada y hay que valorar la sensibilidad teológica y hermenéutica de los autores. Sin embargo, se trata de una aportación desigual. Mientras que en algunos aspectos, el lector recibe elementos de análisis y de reflexión para hacerse su propia composición de lugar, en otros aspectos no se consigue el objetivo previsto y el resultado está demasiado condicionado por un tratamiento insuficiente de los puntos en cuestión. En este sentido, el libro no trata dos temas “difíciles”, pero inexcusables, como son la predicación de Jesús sobre el juicio (textos como, por ejemplo, Mt 11,20-24 par. Lc 10,13-16 o Mc 9,42-48 par. Mt 18,6-9) y, sobre todo, el episodio de la multiplicación de los panes, narrado seis veces (!) en los evangelios, que es la comida por excelencia de Jesús con su pueblo y signo mayor de un Reino presente propuesto en la compasión y la fraternidad. En cambio, en línea con E. P. Sanders, se magnifica el “conflicto con el templo” como “punto de no retorno” (8.2), sin preguntarse por el valor histórico de la acusación de blasfemo (enemigo de Dios) dirigida a Jesús, ya presente en Mc 2,7 (perdonar los pecados es una blasfemia), refrendada en Mc 3,22 (está poseído por Satanás; cf. Jn 8,48) y explícita en Mc 14,64 (donde aparece como el motivo directo de la pena de muerte). Me remito sobre este punto a mi obra *Jesús. Una biografía* (Imago Mundi 83; Barcelona 2004), pp. 491-517.

El libro contiene algunos errores tipográficos en nombres no castellanos: *Holmé* en vez de *Holmén* (p. 30), *Loysi* en vez de *Loisy* (p. 77), *Leipold* en vez de *Leipoldt* (p. 103), *gladiis* en vez de *gladii* (p. 180), *gug* en vez de *guf* (pp. 220 y 221), *psyche* en vez de *psychê* (p. 220, una *eta* como en *ôphthê*, correctamente transcrito), *Delphinis* en vez de *Delphini* (p. 243).